

EL CUENTACUENTOS

Josa, Sevilla la Nueva

Dedicado a mi gente de Sevilla la Nueva

Hay en este mundo – y en muchos otros – personajes totalmente anónimos que todos somos capaces de recordar cuando ya no están. ¿Quién, al echar la mirada atrás, no es capaz de recordar a uno de ellos? Son estos, personajes que viven y mueren sin nadie que los recuerde, sin nadie que los viva, y sin nadie que después los despida. Pero ese anonimato no es algo innato... ¡Ni mucho menos! Es después, con el paso del tiempo, con su propio desprecio, y con el de los demás, que se condenan a una nada de la que ya no saldrán, hasta que alguien los rescate por culpa de un recuerdo perdido. Es entonces cuando estos personajes son recordados con una sonrisa que ya no necesitan.

En todos los pueblos del mundo – hasta en la misma Sevilla la Nueva – hay un personaje de estos, cuya historia es digna de ser contada. El pueblo donde sucedió esta historia podría ser un pueblo cualquiera, de una región cualquiera, incluso de un país cualquiera... Después de todo, un pueblo solo necesita gentes, y de eso hay en todos los pueblos del mundo. Quizás, al leerla, puedas localizar el pueblo donde sucedió... ¿Quién sabe?

Las siete campanadas del nuevo reloj del ayuntamiento invitaban a la noche para que acudiera sin miedo, y se hiciera dueña de un nuevo día que ya perdía su vigor. La plaza estaba vacía, las mesas y sillas que crecieron en verano ya estaban apiladas, sobre la pared del viejo bar, a la espera de un calor que aún quedaba muy lejos. Ni siquiera la fuente redonda surtía ya agua, y la poca que quedaba empezaba a perder la pureza que le otorgaba el no tener color alguno. Uno de los camareros, aburrido, vestido con su chaleco negro y su camisa blanca, y con su acento norteafricano, también esperaba tiempos mejores como esos que le llevaron hasta allí, tan lejos de su casa natal.

Sobre la fuente jugaban dos hermanos mientras sus padres compraban una revista en el quiosco. La niña era delgada y no muy alta. Su hermano la llamó Eva, mientras ella corría, en compañía de su amiga Cruz, hasta sus padres que seguían mirando las revistas. Él tenía gafas, era alto y tenía una voz fuerte y rotunda. Vestía un traje elegante, lo que indicaba que acababa de llegar del trabajo, y la cogía de la mano. Ella era morena, muy parecida a la pequeña, y con gesto enigmático. Cuando la hija llegó hasta ella se fundieron en un abrazo muy grande, y la madre intentó calmar a su pequeña mientras miraba a la otra plaza donde estaba su hijo.

- Eva, cariño, no llores, mi amor.

En la otra plaza no quedaban más que los arcos que la adornaban... Si acaso, cuatro o cinco chavales correteando alrededor de un tobogán de varios colores, con escaleras, e incluso con pasarelas que se comunicaban entre sí formando pasillos multicolores.

Una de las madres de esos niños descansaba, sentada en el viejo banco de maderas marrones mientras estiraba sus piernas doloridas. La oronda panza, y esa cara impregnada de cansancio y, sobre todo, de melancolía, presagiaban una nueva vida.

Mientras ella se ocultaba bajo las gafas de sol, sus dos hijas paseaban con las bicicletas que su abuela les había regalado y que recién habían aprendido a llevar.

Otra mamá caminaba detrás de su hija pequeña que, aunque apenas se podía mantener en pie tres pasos seguidos, no dejaba de moverse de un lado a otro siempre amenazando con caerse. La mamá correteaba tras ella, con sus manos estiradas y dispuestas para recogerla, mientras hablaba por un teléfono oculto entre su oreja derecha y el hombro.

Una cigüeña volaba bajo, casi a la altura de las cabezas, y alzó el vuelo hasta llegar a su nido, situado en una de las torres de la Casa Grande, de donde una mujer, vestida con ropas amplias, y con larguísima melena recogida en una cola, salía con sus dos gemelas y con su hija mayor. Las pequeñas gemelas eran tan rubias como diferentes. La mayor era tan morena como guapa, y su nombre evocaba a una tierra muy especial.

Todas miraron la cigüeña emocionadas mientras su papá las esperaba en su gran coche azul, saludándolas mientras mecía su suave barba.

¡Mira mami, lleva ramas para su nido! – dijo la niña mayor, mientras sus hermanas miraban emocionadas cogidas de la mano de mamá, que parecía cansada. Observando el vuelo de la cigüeña vieron cómo una hoja escapaba de la rama y volaba a través del viento por toda la plaza, subiendo por los tejados, y cayendo finalmente sobre una de las calles donde, ajenos a todo, dos niños jugaban a chapas sobre la acera de una calle poco concurrida.

Saliendo de una tienda de chucherías, un hombre de aspecto juvenil, fumaba un cigarro mientras observaba el vuelo de la cigüeña, e intentaba compararla con el ave que descansaba en su casa y a la que tenía ganas de volver a ver. Su bonita mujer aprovechaba el paseo para colgar carteles de una obra de teatro de El Principito. Ambos llevaban a su hijo de la mano. El pequeño llevaba un violín en su mano izquierda, y un gesto aburrido porque, sin duda, iba en dirección a clase.

Hacía frío, pero por suerte había dejado de llover, aunque esas nubes negras amenazaran con hacerlo en cualquier momento. Eso les mantenía alerta.

Los ojos avizores de las madres no les perdían de vista desde el escaparate del pequeño bazar situado frente a ellos. Una de ellas pensaba en ese mercadillo que tanto trabajo le daba. En su cabeza se dibujaban mil y una ideas, y no podía guardarlas todas. Eso le hacía parecer nerviosa, ansiosa... Hablaba con una pareja. El hombre iba vestido con

chándal azul, de largas patillas, que parecía compartir con ella todas esas ideas. La mujer, rubia y elegantemente ataviada, les escuchaba atentamente, sonriendo y asintiendo, como intentando dejarles claro que compartía lo que exponían, mientras mecía el carro donde un pequeño niño rubio intentaba dormir aunque su hermana no se lo permitiera.

-Luci, déjalo dormir.

A escasos metros una mujer alta – muy alta – con aspecto de eterna risueña jugaba con su hija y con un enorme perro marrón que no dejaba de ladrar a la espera de que le lanzaran su juguete favorito.

En su cara se dibujaba esa sonrisa feliz que solo las madres poseen, y que nace simplemente al disfrutar de la compañía de sus hijos... Nada más.

- ¡Corre Sete, corre! – le gritaba la niña, delgadita ella, mientras la mamá le tiraba un hueso de plástico con el que le gustaba jugar.

-No te alejes, Noe – le dijo su papá, delgado también, alto y con el aspecto de ese eterno galán de los setenta, que hablaba por teléfono mientras caminaba de un lado a otro.

El otro de sus ojos se dirigía hacia su otro hijo, que jugaba con un amigo.

De pronto, uno de los zagales abandonó su juego y señaló con su mano abierta. El otro, dejando caer sus chapas al suelo, miró en la dirección que su amigo le indicaba.

El chaval miraba la hoja que revoloteaba por el aire y que fue a parar bajo una extraña bota que él rápidamente reconoció.

- Mira Pablo, es él – dijo uno, visiblemente emocionado– ¡y no es viernes!

- sí, David... ¡qué guay! – contestó el otro, mientras miraban emocionados la extraña figura de ese que, a pesar de su cuerpo de adulto, ellos veían como niño.

Acompañado de su flauta mágica, y con su mochila colgada a uno de sus hombros, ese extraño hombre al que los niños admiraban salió de la carnicería y caminó por la acera.

Los niños, imitando su gracioso caminar, le siguieron hasta la cafetería donde varias reuniones charlaban tranquilamente al ritmo del tintineo de las cucharillas sobre las tazas aún calientes.

Con paso cansino – casi un vals – y la mirada fija en el suelo, nuestro protagonista se alejó por la calle, como siempre hacía. Al pasar frente a la peluquería un zagal se quiso levantar de la silla donde le cortaban el pelo.

- Ahí va ese – dijo el padre del niño – qué hombre más raro ¿no?

- Sí – dijo el peluquero, intentando luchar con el chaval – nunca habla con nadie

- es rarísimo. A mí me da "yuyu"

- yo creo que no está bien de aquí – dijo el peluquero señalando con el dedo su sien
- no digas eso – le dijo su esposa, que hablaba con un hombre mayor, muy parecido a ella, y con aspecto bonachón – es “el cuentacuentos”, y los chicos lo adoran.

Al pasar junto a la librería una niña dejó de mirar los libros y juguetes del escaparate y avisó a su mamá, que hablaba con una amiga que acababa de salir del Día.

- Mira, mami, es él – dijo la joven, emocionada, tirando de las faldas de su madre, que hablaba distraída.

Cuando la madre quiso mirar ya había desaparecido, y la niña se entristeció una vez más porque mamá nunca le hacía caso cuando hablaba con otros mayores.

Nuestro personaje, ajeno a todo y a todos, subió por otra calle dejando atrás un viejo locutorio telefónico donde tres muchachos marroquíes se comunicaban aburridos y en silencio.

Caminando con paso cansino miró hacia la galería y envidió a esas mujeres y chavales que pintaban óleos sin mucho arte. Un hombre serio, con pícara sonrisa dibujada en el labio, leía “El Mundo” mientras criticaba al presidente del gobierno en compañía de un amigo que no parecía estar muy de acuerdo con él. Aun así parecían llevarse bien, y ambos reían mientras esperaban a su mujer, que salía con uno de sus cuadros bajo el hombro. Hasta ellos llegó una joven, muy guapa, muy alta, y cargada de libros. El parecido con su madre era asombroso... Muy guapas, las dos.

Nuestro amigo, recibiendo la mirada de ellos, atravesó la sombreada plaza donde descansaban la biblioteca y la iglesia – la una frente a la otra, como si se estuvieran vigilando.

De debajo de su bota escapó la hoja que había ido arrastrando, pegada al barro, y el viento la subió hasta llegar junto al nido de la cigüeña, que, con su pico la recuperó, colocándola junto a las otras.

En la plaza, dos niñas jugaban. Sus padres les vigilaban, sentados en un banco. Él tenía gafas y el pelo cano y despeinado. Fumaba un cigarro extraño, casi parecía un puro, y ojeaba un libro extraño con un título más extraño aún.

Ella, mirando a sus hijas, fumaba también, y en su gesto pudo ver algo que le llamó la atención. Era como si esa mujer durmiera estando despierta, como si su mente estuviera lejos de allí, con aspecto despistado. Fue cuando la hija pequeña cayó al suelo cuando nuestro amigo descubrió su error. Esa mujer estaba tan despierta como atenta a todo. Corrió hacia ella, la ayudó a levantar con dulzura, y calmó su llanto.

-Sofía, mi vida, no te preocupes – le dijo con una dulzura casi mágica, haciendo que la

niña olvidara su dolor. Su marido, devolviendo la mirada al libro, sonrió.

Nuestro amigo continuó caminando. Junto a la iglesia cruzó la calle y se adentró en una cafetería cuyo nombre desafiaba al lugar sagrado. Tentaciones le pareció un buen nombre para un bar situado frente a una iglesia. Además, el local era nuevo, parecía muy cómodo y diferente... Por eso le gustó.

Al entrar vio libros esperando que alguien los cogiera. ¿Libros en un bar...? ¡Qué buena idea! Al entrar saludó tímidamente, como hacía siempre que entraba en algún lugar donde hubiera gente a la que no conocía.

La simpática y risueña camarera dejó sobre una mesa un plato repleto de jugosos crepes de chocolate blanco y negro donde tres jóvenes mujeres los esperaban ansiosas.

En la barra había dos jóvenes. Ella estaba seria, y en su cara parecía presenciarse la melancolía proporcionada por ese ser que ya había en su interior. Él, con cuidada barba y bigote, despachaba, con aspecto cansado por una larga noche de trabajo.

Solo un hombre joven, con marcado acento aragonés, le devolvió el saludo mientras encendía un cigarro sentado junto a la barra. Los dos se miraron... y se sonrieron.

Tenía el pelo muy corto – casi como el último “skin” que se cruzó en la capital, y del que no guardaba buen recuerdo – y una barba perfectamente descuidada.

Se cayeron bien, y eso fue algo novedoso para él, que no estaba acostumbrado a relacionarse con nadie de ese pueblo. Junto a ese hombre – su acento era marcadamente exagerado – había una mujer rubia, muy guapa, y un niño con un ojo tapado que comía un perrito caliente en compañía de una amiga del colegio. Ambos vestían el mismo chándal azul y el mismo polo blanco que llevaban todos los alumnos del Duque de Rivas, ese colegio donde él iba a leer cuentos. Incluso creyó recordarlos de la clase de primero.

- Mira Gonza – dijo la niña, mostrándole un muñequito verde muy raro

- Qué Gogo más chulo, Carmen – respondió el niño, mostrándole otro naranja que acababa de sacar de un sobre.

Mientras esperaba a que le atendieran en el mostrador del pan miró a esa pareja. Eran jóvenes, guapos, y parecían felices. Les envidió... Y mucho.

Él vestía una cazadora vaquera y pantalón a juego, y no dejaba de sonreír y de hacer extrañas muecas mientras hablaba acaloradamente con su pareja. Parecía que estuvieran discutiendo, pero arreglaron sus desavenencias con un pronunciado beso en los labios. Ella le abrazó, y él se quejó. Tenía uno de sus dedos lastimado y a través de su cara podía verse claramente el dolor que sentía.

Él vestía informalmente formal, con camiseta verde – casi militar – y con pantalón vaquero. Fumaba Ducados rubio, y bebía lo que parecía un refresco de cola.

Parecía un hombre gentil, cansado y feliz, y con un gran historial de todo tipo pegado a su espalda. Sin duda, la vida no era nada nuevo para él.

Ella era digna de atención. Vestía un pantalón vaquero desgastado, apretado a su cuerpo, y con alto tacón. Cubriendo todo su cuerpo llevaba una extraña camisa – más bien un camisón – de miles de colores, que realzaba una belleza más que aparente.

Desde allí se veía una mujer muy elegante, con graciosa cara de piel azucarada y redonda, con gafas negras que ocultaban su belleza, dotándola de un halo de misterio enigmático, y con un pelo tan liso como bien recogido en una cola trasera.

Observó también sus manos, con los dedos entrelazados con los de su pareja, y haciéndose graciosas cosquillas que, sin duda, le gustaban.

Tenía las manos muy cuidadas.

Tenía el pelo rubio... Tanto que casi enviaba destellos, y una cara angelical que le recordó a ese joven que comía el perrito con uno de sus ojos tapados.

Su pelo parecía un campo de trigo mecido por el viento, esparciendo a su paso, por su atmósfera vital, miles de espigas doradas que brillaban tanto como el sol que las iluminaba desde la cristalera. Y ese manto de arena dorada terminaba en una playa rojiza, con dunas suaves de pómulos de seda donde cinco lunares bailaban al compás de una canción interpretada por unos labios alcalinos.

- Una barra – dijo nuestro amigo, volviéndose ante la pareja. La graciosa risa de ella le llamó la atención. Su sonrisa se dibujaba tan sincera como esa carcajada sonora que había sonado por todo el local.

¡ Sin duda era más guapa de lo que había imaginado en un principio! Su novio, también.

Al verles besarse sintió envidia... Una vez más.

Al escuchar reír a la dueña del local comprendió que entre ellas había algo más que una relación de clientes, y con el paso de los segundos – no muchos – llegó a ver hasta cierto parecido entre ambas. Después cogió su barra de pan, la pagó y se despidió. Todos le miraban. No podía verlo porque estaba de espaldas, pero lo presentía.

Otros niños que había en la plaza le vieron, pero ninguno se atrevió a acercarse y saludarle. Él tampoco saludaba nunca a nadie, a no ser que fuera por una causa de fuerza mayor, como la que ocurrió a continuación.

En el suelo de la calle cercana a uno de los colegios del pueblo una niña lloraba mientras la otra intentaba consolarla. La que lloraba era rubia, de pequeños tirabuzones,

de esos que casi no se perciben, y tenía una cara casi angelical. Al ayudar a levantar a la niña se acercó su mamá y le dio las gracias. Era una mujer joven, muy guapa, delgada, alta, y vestía una minifalda y elegantes botas marrones. También llevaba una camisa blanca y un blusón azul. Fue su delgadez la que le alertó de su estado de gestación. Ella le sonrió, le agradeció el gesto, y le pareció más hermosa aún. Su marido también se acercó a la pequeña, la cogió en brazos e intentó mitigar esas lágrimas molestas.

-Venga Elsa, dale las gracias al señor – dijo el padre de la niña, elegante como su esposa, muy bien vestido y amable y hablador. Eso le gustó... Nadie hablaba con él nunca.

Nuestro amigo se marchó, y así desapareció también de la calle, mirando ese colegio tan bonito donde trabajaba cuando le llamaban y que tanto le gustaba...

Es esta la historia de un día cualquiera en la vida de uno de esos seres que son capaces de vivir de espaldas al reloj, y a cualquier tipo de calendario, y que se alimentan de lo que son capaces de ofrecer a los demás, entregándoles más de lo que nunca llegarían a recibir.

El personaje de nuestra historia no tenía otra ocupación que la de ir contando historias a los demás. Era, en definitiva, un cuentacuentos... Ni más ni menos. Pero este cuentacuentos no era uno más, como tantos que hay por el mundo.

Este nuestro cuentacuentos era muy, pero que muy especial, ya que conocía tantas historias que podría estar todo un día contándolas sin parar un solo segundo... Ni siquiera para comer o beber. ¡Y no le sobraría ni una sola hora! En cambio sí que le sobraría siempre alguna que otra historia.

A pesar de tener miles dibujadas en su cabeza – parecía guardar una en cada pelo - no sabía todas las que le hubiera gustado conocer. Por más que aprendiera siempre le faltaba una... esa que, sin duda alguna, era la mejor historia de todas, pero también esa que no le pertenecía.

Nuestro amigo era un hombre extraño y solitario, de esos a los que se les tacha de "raros", y su aspecto, siempre descuidado, imposibilitaba la tarea de encontrarle una edad propicia.

Unos pensaban que ya había pasado de la treintena... otros que ya había vivido la cuarentena. En cambio, los niños le veían como uno más de ellos... Si acaso, un poco más alto y con alguna que otra arruga.

Nadie supo nunca nada de él. Nadie supo nunca de donde llegó, ni cuándo. Él siempre estuvo ahí. Para todos era un hombre extraño, mal vestido – según algunos - pero siempre limpio y aseado, a pesar de su larga barba y de su pronunciado bigote terminado en punta redondeada.

Nuestro cuentacuentos era como una parte más del mobiliario de las calles. Alguien que pasaba por allí, sin molestar a nadie y sin ser molestado por nadie. Tampoco nadie supo nunca, ni siquiera sus vecinos de portal, que Juan Fernando era su nombre verdadero, y que de niño le llamaban Juanillo.

Ahora, unos lo llamaban titiritero – a él le encantaba oírlo decir mientras paseaba por las calles del pequeño pueblo – y otros le llamaban cuentista. ¡Qué importante se sentía al escuchar esos nombres en labios de los niños y de alguna que otra mamá!

Otros – los que más - se limitaban a burlarse de él, llamándole simplemente haragán. Los que más, sobre todo los niños, le llamaban simplemente el cuentacuentos. Esa no era su profesión – porque él no tenía de eso - pero sí era su sueño desde niño, y, sin duda alguna, era el nombre con el que más se identificaba. Más incluso que con su propio nombre, que ya solo lo recordaba al mirar su documentación.

Alguna que otra mañana – menos de las que deseara - acudía a los colegios a contar cuentos como sólo él sabía hacer mientras los niños le prestaban atención y le demostraban cariño. Esos días no necesitaba siquiera comer.

Si no tenía colegio donde acudir a contar sus historias, se levantaba siempre tarde, desayunaba el pan que le había sobrado del día anterior, mojado en su tazón de leche caliente, y se ponía con sus libros a buscar nuevas historias que contar. Así alimentaba su alma.

Por las tardes – no todas - iba a las bibliotecas, o a los mismos parques, a contar sus historias y a hacer sonreír a los niños. También a los mayores. Ver la sonrisa de alguna que otra mamá también le hacía sentir más que bien... ¡Si ellas supieran la de veces que consiguió enamorarse platónicamente de la sonrisa de alguna de ellas...!

Los niños le esperaban las tardes de los martes y viernes en la plaza donde estaban los arcos, sentados sobre el césped, como esos alumnos que esperan al maestro que veneran. Y él llegaba con paso cansino, vestido con su pantalón a rayas, su camisa ancha y larga, con cordones en lugar de botones en los ojales, y esos zapatos viejos con punta alargada que formaban una pequeña espiral en su punta.

De su vieja mochila sobresalía una flauta blanca, casi rota, y en el interior guardaba ilustraciones que él mismo hacía sobre cartones mal recortados.

Los niños, y algunas madres, escuchaban al cuentacuentos embelesados, ebrios de entretenimiento, mientras las bicicletas, los balones, las muñecas e incluso las consolas descansaban en el suelo, ajenos a sus dueños y devolviéndoles esas vidas que, a veces, parecían estar robándoles.

Era su voz un auténtico instrumento musical, capaz de cambiar de registros, y con ella conseguía atraer la difícil atención de los más pequeños. Solo con ella – su voz – podía parecer un auténtico dragón escupiendo fuego, un perro o un lobo hambriento, una princesa delicada, un caballero enamorado, o un ogro malhumorado... Incluso el rugido del león parecía real.

Todos los días contaba una historia diferente. Un día de un enano, otro día de unos animales, otro de un bosque mágico, y así una tras otra. Y le gustaba ver a los niños reír, y oír sus aplausos cuando terminaba, pero lo que más le gustaba de todo era ver sus caras de emoción, inmersas en la magia de la historia que andaba contándoles.

Al final de la tarde algún que otro niño dejaba algún céntimo en su vieja gorra. No todos. Algunos incluso dejaban su "chuche".

Y después, recogiendo sus bártulos con mucho cuidado, recitaba siempre la misma cancioncilla, que los niños cantaban también mientras él se emocionaba.

Mis niños y mis niñas
Se marcha el cuentacuentos
No quiero riñas
y, mucho menos, lamentos
Piensa en lo que te digo
Piensa en lo que te cuento
Piensa en un buen amigo
Y siempre estarás contento

Y después del cuento se iba a la tienda de ultramarinos a comprar una barra de pan para volver a casa. Los niños le miraban sonrientes, observando e imitando ese desgarrado caminar, casi un baile, mientras se perdía tras el cajero automático que hacía esquina al final de la plaza.

Todos le imitaban, caminando tras él, mientras las madres les miraban sonrientes recordando la figura de aquel flautista del cuento que a ellas les leían cuando eran como sus hijos. Los niños se despedían de él muy contentos, envidiándole por todas esas

historias que sabía y que siempre le tendrían entretenido, alejado del tedio.

¿Cómo podía aburrirse alguien que podía contarse a sí mismo todas esas historias tan increíbles?

Lo que no sabían esos niños – ni nadie que no fuera él mismo – era lo cruel que podía ser la soledad absoluta, esa en la que vivía inmerso dentro de ese pequeño piso donde las noches se hacían eternas, donde los minutos estaban cargados de horas pesadas e inacabables, y donde sentía que sus historias estaban tan vacías como el habitáculo donde él descansaba.

Era en las noches – y daban igual las de invierno o verano - donde nuestro amigo dejaba de ser un cuentacuentos, donde su sueño se esfumaba, y donde se daba cuenta de que aunque tuviera miles de historias que contar a los demás, nunca encontraba una que contarse a sí mismo.

Sus personajes solo cobraban vida cuando sonaba cerca la risa de un niño. Pero allí, en su oscura casa, Blancanieves, el lobo, Caperucita, o cualquier otro personaje no era más que silencio. Y por eso se sentía tan solo y desamparado.

Todas las historias necesitaban un principio y un final, unos personajes con vida propia, y todo eso era lo que precisamente él no tenía cuando entraba entre esas cuatro paredes.

Allí cenaba solo, hablaba sólo, y sólo se acostado en su fría cama, sin otra compañía que el ronroneo de su propio asma, y comprendía – siempre entre lágrimas - que el nombre "cuentacuentos" allí le ahogaba porque no tenía una bonita historia que contarse a sí mismo, y mucho menos un personaje con quien compartirla.

Él, que sabía más de mil historias, era incapaz de encontrar una suya, propia, que pudiera alegrarle un alma ya marchitada.

En su mente, castigada ya por el oscurecer de su propia existencia, solo se dibujaban cuadros de perspectivas imperecederas que un día residieron en su niñez y que le hacían más desdichado aún. Esos únicos recuerdos – tampoco eran bonitos, pero al menos no eran crueles – se iban borrando de su memoria, llegando a ser incapaz de reconocer si la sonrisa que recordaba de su madre era más real que la de cualquiera de los personajes de sus historias, si la voz que recordaba era realmente la de ella o la de una de esas muchas que él mismo había ido adoptando para sus personajes, o si los mimos y cariños que guardaba aún en sus ojos cerrados no eran sino meras palabras leídas en algún libro ya olvidado.

Por eso odiaba la noche... por su soledad hambrienta, por su oscuridad sedienta, y porque, inmerso en ella, él sólo se sentía agua y alimento.

Lo que él quería era estar al otro lado de la cadena... Tener sed y hambre, y encontrar agua y alimento... y, por una vez, dejar de serlo.

Por eso rezaba todas las noches... para que llegara pronto el día.

Allí, al menos, podría vivir dentro de las historias que iba contando, y no pensar en su propia vida, y ahogarse un poco más, e ir muriendo un poquito.

Durante el día, en medio de la multitud, fue donde nació el verdadero solitario que era, pero al menos no había oscuridad. Y por eso deseaba reunir fuerzas y alejarse del único lugar que conocía, y viajar hacia esas tierras – para él imaginarias – donde tanto habría por descubrir.

Coger un tren era lo que quisiera hacer, y alejarse de ese andén donde permanecía atrapado entre vagones desiertos de ansiedad, y poder alejarse de las fauces feroces de la oscuridad silente de la noche. Y allí siguió escondido bajo unas sábanas que no podían salvarle del fantasma que más temía.

Con las mantas tapando hasta sus ojos miraba toda la noche a las dos puertas, esperando que alguien las abriera, aterrado. Siempre le habían aterrado las puertas, y no sólo las físicas. Siempre había pensado que detrás de toda puerta cerrada se escondían todo tipo de fantasmas, y los fantasmas eran lo peor que había en la vida porque no sabía cómo eran, qué aspecto tenían, o dónde podían estar esperándole.

Temer algo que desconocía le hacía sentir más indefenso aún. ¿Cómo podía defenderse de algo que no sabía combatir? ¿cómo huir de algo que no eres capaz de percibir?...

Y también temía a los fantasmas conocidos. Sus pesadas cadenas arrastraban su nombre al acercarse a él por las noches.

Y por eso se escondía en la cama, cerrando los ojos, tapando sus oídos, pero siempre conseguían encontrar un hueco a través de su alma, por donde penetraban.

Ese fantasma no era otro que esas historias que otros escribieron y que él hizo tan suyas, llegando a impedirle tener una historia propia.

Los únicos renglones de su vida que guardaba escritos no eran ya sino susurros que provenían de un ayer tan lejano como la nada... Unas paredes sucias y pintadas por unos niños a los que el tiempo también se había llevado – junto a sus nombre, y donde solo quedaban las telarañas de sus esquinas.

Eran también esa imagen distorsionada en el agua de esa mujer que una vez amó, y era también la piedra que borró la imagen del agua.

Lamentablemente no había ya ninguna otra historia de su propia vida, sino esas que otros habían escrito. Ya no había nada más.

Esa misma noche – aunque ni él mismo lo supiera - empezaría por fin a escribir su historia... el principio y el final de su historia. Al día siguiente amaneció nublado. Y al siguiente. Y al tercero, cuando descubrieron su cuerpo sin vida, llovió durante todo el día.

- Descanse en paz nuestro querido cuentacuentos– dijo la maestra a sus alumnos, que no podían creer que se hubiera marchado así, sin más.

Algunos humedecieron sus mejillas recordándolo. Otros dibujaron una sonrisa al recordarle caminando con ese baile cansado - casi un vals – cargado con su mochila mágica. Y todos le recordaron, y hablaron de él durante toda la mañana.

Unos hablaron de su gracioso aspecto. Otros del registro de sus voces. Otros de sus dibujos. Otros de sus paseos por las calles, siempre en silencio, pero todos recordaron esas maravillosas historias que siempre les contaba a cambio de nada... si acaso de una sonrisa y un aplauso.

Y ese día lo pasaron en clase recordándolo, haciendo dibujos, y escribiendo recuerdos. Al final del día una de esas niñas, sin que nadie lo esperara, se levantó, y empezó a recitar:

Mis niños y mis niñas
Se marcha el cuentacuentos
No quiero riñas
y, mucho menos, lamentos

Después, todos se levantaron y recitaron al unísono, siguiendo las palabras de África:

Piensa en lo que te digo
Piensa en lo que te cuento
Piensa en un buen amigo
Y siempre estarás contento

Y todos aplaudieron emocionados.

Lo que no sabían ellos era que, mientras recitaban esa cancioncilla, una sonrisa se había dibujado en el cielo porque, por primera vez, alguien escuchó esa historia que tanto añoraba y que nunca pudo contar...

Josa, Sevilla la Nueva, MCMX

Dedicado a los sevillanovenses